

ORACION FUNEBRE,
PRONUNCIADA EN ELOGIO
DEL RMO. PADRE LORENZO RICCI,
en las solemnes honras que se le hicieron
en Breslau.

~~~~~  
Certamen forte dedit illi, ut  
vinceret, et sciret, quoniam  
omnium potentior est. Sa-  
pient.. Cap. 10. v. 12.  
~~~~~

Este último testimonio y grato amor con que se honra la memoria de un hombre, que en un tiempo por la dignidad fué nuestro Padre, y por la caridad hermano nuestro: Estos últimos obsequios, que tributamos á las frias y venerables cenizas de un justo, á quien Dios probó con muchas y varias tribulaciones: Esta sencilla, pero afectuosa fúnebre pompa erigida, no ya por aquel espíritu de fastuosa vanidad, que por lo comun acompaña hasta el lóbrego sepulcro á las inanimadas cenizas de los poderosos; pero sí de un reconocido afecto de gratitud, de amor, y de ternura, no debiera ser hoy perturbada con alguna señal de dolor que se desahogase en sollozos y gemidos; antes bien deberíamos mirarla como un triunfo, que nos recuerda el laurel de la victoria con que *Lorenzo Ricci* fué coronado por mano de la muerte, y con que despues de la mas ardua y dura batalla, está viendo y entendiendo en la esencia de Dios, que la sábia y santa rectitud del corazon, es al

fin mas poderosa, y muy superior á toda terrena perturbacion. Seria sí, para nosotros, justo motivo de llorar, cuando admirando, (y al mismo tiempo venerando en lo mas intimo de nuestros corazones) los profundos y terribles juicios de Dios, despues de la tempestad que agitó entre mil escollos nuestra nave, despues que se vió combatida por todas partes, siendo juguete y ludibrio de impetuosos vientos; finalmente se hallase sumergida en aquel abismo en que vienen á parar todas las cosas humanas, presentando á nuestros ojos y á los de la Europa el funesto espectáculo de los infelices marineros que luchaban entre mil desastres, del viejo y buen piloto, que al cabo fué tambien triste presa, y miserable despojo de la borrasca cruel. Pero hoy que consideramos ya en tranquilo y seguro reposo, arribado al puerto, al que intrépido rijió la nave combatida, y la gobernó todo el tiempo que quiso Dios prolongar los dias del amargo viaje, ¿qué otras voces deberiamos nosotros alentar, ni en qué otros afectos prorrumpir, sino en los de bendicion, contento y alegría?

Mas ¡oh miserable sensibilidad del corazon humano demasiado viva, aun á pesar de los sagrados dictámenes de la Religion, y de la razon! conozco bien el llanto casi involuntario que se desprende de mis ojos, la fuerza con que repites tus derechos, y que aun á vista de un justo coronado nos representas con tanta viveza á la débil naturaleza, y humana imaginacion, el fausto de sus trofeos, como la dureza de sus batallas. ¿Pero cómo podría yo expresar su incomparable constancia, y

su valerosa resistencia, con la inocencia que conservó hasta el último aliento, sin volver la vista ácia aquella inmensa y confusa série de tribulaciones, que le inundaron tanto á él, como á nosotros á guisa de impetuoso torrente, y que á manera de voráz fuego le devastaron, hasta que pasando por medio de él, fué conducido al lugar del refrigerio? ¿ni á vista de esta imágen, aunque pintada con colores demasiado frescos, parecerá menos conveniente á la carne que nos circunda, algun desahogo de llanto sobre las ruinas de un edificio, de las cuales se halla ya dichosamente libre, y bajo las que estamos todavia nosotros miserablemente gimiendo? A vista del amado cadáver de nuestro querido padre, permítase este desahogo á nuestra flaca humanidad, y substituyendo la religiosa razon á la parte sensible de nuestra naturaleza, enciérrense para siempre nuestros gemidos en su venerable sepulcro, y revistámonos de una intrepidéz semejante á la suya, para dar fin como hombres fuertes, á una batalla tanto mas facil de vencer para nosotros, cuanto nos hace comprender con afortunada experiencia las ventajas que hace en su eficacia, á las humanas y vanísimas diligencias.

Una constancia tan intrépida en medio de las mas duras adversidades, fundada y cimentada en la justicia, forma el carácter del sugeto de quien pretendo hablar, proponiéndolo, como á la serpiente de Moysés, por objeto en que debemos fijar los ojos, si queremos sanar de las heridas, que abren en el corazon las humanas desventuras. ¿Pero cómo podré hablar de él, sin verme

precisado á renovar nuestras llagas que todavia estan vertiendo sangre?... Dejad libre el corazon al dolor, y al sentimiento. Llorad en hora buena; mas vuestras lágrimas, respecto del difunto, sean de amor y de ternura; respecto de nosotros, de compuncion y arrepentimiento. Si, probado habemos ¡ó Dios! vuestra soberana mano que se agravó sobre nosotros, y con humildad la adoramos, besando el azote paternal que descargó en nuestras espaldas! Es muy corta, está muy obscurcida nuestra vista para saberos pedir aquello, que en los abismos de la eternidad está decretado por mas conveniente á vuestra mayor gloria. Si os agrada nuestro sacrificio, aceptad una victima, la mayor y la mas cara para nosotros que es posible. Aceptadla en expiacion, y despues prosiga vuestra paternal ira en edificar nuestra humillacion y nuestro abatimiento: todo aquello que guie al bienaventurado fin de los justos, será de nosotros justamente abrazado.

A impulso eficaz de celestial vocacion resolvió Lorenzo militar bajo las banderas de IGNACIO, desde su primera juventud, en unos tiempos en que no podia convidarle ni apetito de humana grandeza, ni fin alguno de conveniencia temporal, ni deseo de mundana satisfaccion. Y á la verdad: ¿cómo era posible que fin alguno torcido dirijiese sus pasos, haciendole anteponer á las esperanzas de su nobilísimo nacimiento, y á las delicias de su amenísima pátria, la despreciada y siempre perseguida carrera de la Cruz, en un instituto en que la inocente y nunca interrumpida fatiga era el

pan cotidiano, mucho mas copioso que el temporal y escaso alimento, y estaba mas unida al cuerpo de los que le profesaban, que el pobre y grosero vestido que les cubria? ¿ni como pudiera escoger una religion, en la cual, la mas perfecta igualdad establecida por ley, excluia toda ambicion de dignidad y honras exteriores, sin dar lugar, aun en las domésticas, mas que á las precisas é indispensables al gobierno y utilidad del mismo cuerpo, pasando no pocas veces del grado mas eminente á la mas ínfima condicion? ¿el desordenado amor propio le hubiera permitido la perseverancia en un instituto, en que parecia estar casi aniquilado aquel peligroso enemigo, en virtud de una propia abnegacion de la voluntad, sujeta sin reserva á una cabeza que se creia lugar teniente de Dios? A vosotros, todos los hombres de la Europa, os pongo por testigos para que declareis, si los Jesuitas fueron otra cosa mientras existieron; y si en su conducta, prácticas y costumbres ostentaron gobernarse por otras leyes distintas de las que acabo de exponer. ¡Oh vosotros, los que movidos de un zelo acaso menos iluminado, aborrecisteis mientras vivió á este cuerpo, cuyos miembros languidos ya, y abatidos á vuestros ojos, habrian quizá convertido vuestra severidad en compasion: decidnos, si el manantial mas copioso de las atrocidades que se le imputaron, no tuvo origen de aquella perfectísima subordinacion de voluntades al arbitrio de un comun gobernador. Subordinacion y union, á la verdad, formidable al vicio que se alimenta y mantiene en la independencia,

*

en el desorden y en la confusion; pero muy conforme á la imagen de la virtud evangélica, que nos hizo mirar con igual amor al fogoso americano que al helado septentrion, reconociendo en la ley que hace uniformes las costumbres, aquel primitivo feliz estado, cuando toda la tierra era de una sola lengua, y de un solo labio. Si fuimos ó no engañados cuando viviamos bajo de este espíritu de abnegacion de la propia voluntad y de una ciega subordinacion, vos solo lo sabeis ¡ó supremo Dios! en cuyos temibles juicios están escondidas las suertes de los hombres; y hasta que la clara luz de vuestra justicia ilumine nuestra tenebrosa obscuridad, solo nos resta adoraros, libres de aquel amado vínculo, con aquel mismo ardor con que os ofrecimos nuestras voluntades en purísimo sacrificio, todo el tiempo que os dignasteis querer que existiésemos.

Ni yo pretendo tributar á Ricci particular alabanza, porque siguiendo el camino trillado de nuestros mayores, pasase su juventud primero en aprender y despues en enseñar; ni porque á la insinuacion de la obediencia, ya esplicase al ignorante pueblo los preceptos de la divina ley; yá instruyese á los mas cultos en la dulzura de la elocuencia y de las musas; ya suspendiendo la meditacion de las sublimes verdades, hiciese tránsito de ella á las molestias de la doméstica economia, ó á los políticos consejos, tan necesarios en toda república bien gobernada. Quédese, en buena hora, sepultada esta plausible parte de su vida en aquella obscuridad comun á todos en un tiempo, no ya por dura consecuencia de

una resolucion poco madura, sino por libre y voluntario cumplimiento de una verdadera y legitima vocacion. Era antes entre nosotros, bien lo sabeis, y todavia persevera entre los miembros desparramados, una cierta obligacion, que no nos daba otro derecho sino el de reputarse cada uno por siervo inutil; y perseverar en el instituto, era lo mismo que tener el ánimo y el ejercicio indiferente á toda insinuacion de la obediencia, y estar de ella sola pendiente, para aconsejar igualmente al que ocupaba el trono sin dejarse deslumbrar de aquel esplendor, como al que subia al patíbulo sin espantarse de aquel suplicio.

Y séame lícito dar aquí mil gracias á la divina misericordia, porque no ha permitido que se alterase este espíritu de union entre nosotros, ni aun en medio de aquellas durísimas pruebas que mas le combatieron; porque no fué, no, cosecha nuestra, sino gracia de la divina liberalidad aquel don de obediencia, y aquel zelo por la salvacion de las almas en el terrible momento de nuestra humillacion, para que esto no se atribuya á los consejos de los hombres, los que nada pueden á vista del Omnipotente, sino solo al mismo por quien está en pie, ó cae toda criatura sujeta á su poder, y se corrijan en parte todos aquellos vanos discursos de los hijos de Adán, poco felices indagadores de las verdaderas causas que le muevan ya á exaltar, ya á deprimir á la faz del mundo, siendo no obstante uno y otro para mayor gloria suya.

Siguió finalmente Ricci aquel camino, que nada perdió por ser trillado de muchos; antes bien pareció ha-

ber adquirido mayor seguridad por haberlo seguido un hombre como él, apreciable, venerable, y se persuadió que era santísimo, sabiendo que tantos héroes habían arribado por aquel mismo rumbo al puerto de la salvacion, no solo con aplauso del mundo, sino con aprobacion de la Iglesia, cuyo juicio infalible les decretó honores, los cuales todos llegaron á merecer aquel culto por medio de la perfecta abnegacion de sí mismos, y por el sacrificio de sus propias inclinaciones. El ejercicio de la suprema autoridad glorificó á un Borja entre nosotros, como á un Rostka el de la humilde dependencia. El activo ministerio del apostolado entre las naciones infieles, hizo ilustre á un Xavie, como hizo santo á un Luis el silencioso contemplativo empleo de la meditacion; porque estos y otros muchísimos que se podian nombrar, no ya siguiendo el genio natural, sino los impulsos de la ardiente caridad segun las varias situaciones en que se hallaban, no reconocieron otro espíritu, que el de hacer lo que era á mayor gloria de Dios.

Por esta razon, ni la natural tranquilidad y sosegada índole de Ricci, ni una gran parte de su vida empleada en el dulce ocio de pacíficos estudios, ni su natural inclinacion á la soledad y retiro, le retrajeron de rendirse á los cuidados del gobierno universal, ni fueron bastantes á que balancease un punto, equilibrando su capacidad con la voz de la obediencia; antes bien prontamente se echó á cuestras el peso de secretario del Preposito general, empeño mal adaptado á los deseos de la

quietud; pero muy oportuno para ejercitarlo intrépido y animoso.

Si se hubiera propagado entre nosotros la negra y maligna simiente de la envidia; si al mismo tiempo de poner la mano al arado, con su misma reja no se hubiera arrancado la raiz de tan perniciosa planta juntamente con la del amor propio, padre de tan desgraciada hija, pareceria digno de emulacion un hombre, que en una edad poco mas que juvenil se habia elevado al ministerio de un orden, que la ilusion humana soñaba haberse poco á poco erijido en una de las mas formidables monarquias. A nosotros se atribuye el poder, como que eramos capaces de trastornar los sistemas del globo terrestre á la mas mínima insinuacion de nuestro gobernante: á nosotros la riqueza, como si tuviéramos encerrados en nuestros escritorios todo lo mas precioso que produce la Asia feliz, la América fecunda, ó la industriosa Europa: á nosotros la sabiduria, en el infinito número de escritos en todo género de facultades: á nosotros la sagacidad, para conciliar los respetos del sumo imperio de Dios con las inclinaciones de los mortales; los desaciertos de la educacion, con las obligaciones de la sociedad; los deberes de la religion, con las costumbres ó modas del ciudadano. En esta gran reputacion se hallaba el ministerio jesuítico cuando Ricci fué elevado al empleo de secretario. Mas ¡oh miseros pensamientos de los hombres! ¡oh incertísimas medidas de los hijos de Adan! ¡Qué diversa era la apariencia de la realidad, y de qué diferente manera mira-

han las cosas aquellos sábios pilotos, que á la primera nubecilla que comenzó á formarse en el océano (presagios del cercano estruendo) procuraron oponer á la inminente ruina el robusto pecho de Ricci.

¡Oh Pueblos! vosotros, que divididos en contrarios afectos no quisisteis regular vuestros juicios, sino siempre por extremos, unos exaltándonos hasta el cielo, otros deprimiéndonos hasta el abismo; veis aquí descubierto, desnudo y ya echado por tierra el gran coloso. Venid y mirad...venid vosotros, ó inmoderados panegiristas, observandolo hallareis que no fuimos mas que hombres descosos sí, de la virtud; pero muchas veces obligados á ocultar á los ojos de la muchedumbre, que nunca acierta á ver bien, nuestros propios defectos por no hacer menos estimables nuestros ministerios. ¡Ah! lo confesamos ¡ó justo Dios! y humildes os rendimos alabanzas. ¿Quiénes somos nosotros para que no nos cobre la miserable humanidad los derechos de la concupiscencia, y del error? Justamente han hecho resonar nuestros perseguidores en mil libélos nuestro improprio, para que sirva de freno á nuestro orgullo la repetida memoria de nuestra carne corruptible.

Pero venid tambien vosotros, difamadores de los Jesuitas: venid y ved, si el zelo que inflamó á nuestros hermanos para despreciar riesgos, trabajos, conveniencias y hasta la misma vida, porque la trompeta del Evangelio se oyese resonar en las mas remotas, y menos habitadas partes del descubierto mundo, fué trofeo de riquezas, de poder, de ostentacion ó de gloria vana.

Se traficó en la China; pero con las licencias necesarias, y con esto se adquirió la cristiandad que se introdujo en aquel imperio. Se traficó en el Japon, el Mogol y la Persia; pero con nuestra sangre se convirtió en salvacion, lo que sin ella seria condenacion de muchas almas. Se traficó en la América; pero con la dulzura y suavidad se desterró el horror al nombre de Jesucristo, que habian producido los estragos del fuego militar: prueba demasiado dura; pero (dése lugar á la verdad) prueba muy triunfante contra la calumnia, que ha visto la Europa toda dar en tierra con todo el temido poder de un solo oráculo, y ha visto tambien toda la riqueza tan exajerada, que apenas basta para costear el escaso pan, que el compasivo corazon de los reyes provee á nuestros afligidos hermanos. ¡Hombre, hombre! ¡Qué falaces son tus cuentas, y cuánto dista la opinion de la realidad! ¡Qué errados salen los cálculos, cuando no entran en ellos las partidas que deben abonarse en los tesoros del cielo!

A la sombra de aquel velo, que ahora se ha rasgado, vió Ricci con mucha anticipacion lo que nosotros no veíamos. Viólo, y no se escandalizó. La luz de la verdad, ó antes bien, permitidme moderar esta franca proposicion, el deseo de aquella luz le hizo despreciar las contumeliosas voces de los enemigos; por lo que se dispuso á confortar con sus auxilios la ancianidad de aquel buen padre nuestro, que á los primeros movimientos de la borrasca, faltándole el aliento para sostenerse, consiguió de Dios cerrar los ojos antes de

ver la contrición de su pueblo. Puso toda su confianza en Dios, en quien se debe confiar; sabiendo, que si Dios no edifica, es trabajar en vano los que edifican; y si Dios no defiende la ciudad, inútilmente hacen las centinelas sus guardias. Persuadióse, de que cualquier rumbo que tomen los humanos sucesos, siempre guian á buen fin á quien sigue las huellas de la rectitud; por eso cuando acobardados los mas valientes rehusaron la dignidad de Preósito general, como quienes sabian muy bien el peso que la acompañaba: á Ricci se volvieron todos los votos de la religion, y unánimemente lo aclamaron por su padre. Paréceme estarle viendo en medio de los aplausos de la ciudad reina del mundo, cuando encubierta todavía la falsa fortuna, era aun frecuente entre nosotros la multitud de fingidos amigos, temer él solo, y titubear como desconfiado de su propia virtud, hasta que le confortó, y desterró de su corazon toda duda y desaliento la vista tierna de todos sus hijos que se volvian á él, y con mudo, pero enérgico lenguaje le decian.... Hé aquí á tu desconsolada madre: ¿te negarás á confortarla? ¿Qué dia tuvo jamás sereno desde su nacimiento? ¿Pero Cristo nuestra cabeza no vino á desembainar la espada? Sí; combatió, y venció. Los hereges la llaman su azote: los viciosos su escollo: los ignorantes su improprio. ¿Te escusarás de ser su capitan, cuando se está disponiendo un nuevo género de guerra? ¿Si en defensa de nuestra madre, hoy piedra de confusion y de escándalo, como lo fué en otro tiem-

po aquel de quien tomó el nombre, fuera necesario sacrificar la vida y sangre del capitan y de los soldados, no la darias tú libremente? Ea, pues, levántate, ¡ó fatigado Elias! y conforta ese espíritu abatido, porque todavia es mucho el camino que te resta.

Aceptó, pues, Ricci aquel nuevo grado; mas.... ¡ó santo Dios! ¿Qué repentina mudanza! Así como despues de un nublado y obscuro cielo, rasgándose de repente el negro y aglomerado vapor, aquí se vé un maligno aunque brillante esplendor que deslumbra la vista; allá se oye el estruendo pavoroso que ensordece el oido; á esta mano revienta fulminado un rayo que arruina el edificio; á la otra se levanta un torbellino, que arremolinando el polvo todo lo confunde, y en todas partes se desprende un diluvio de agua, que cual impetuoso torrente, cubre las calles, ó inunda la campiña: no de otra suerte al comenzar su gobierno Ricci, reventó y desató aquel vapor, que cubierto de densas nubes, por muchos años antes con frecuentes y sañudos relámpagos estaba amenazando. Si nuestros antepasados saltaban de alegría cuando mas bramaba contra ellos el furor de los enemigos de Dios: si despreciaron las calumnias, los insultos, las asechanzas; además de la celestial retribucion que les daba aliento, les animaba tambien la humana, tan estimable del hombre corruptible, viéndose premiados con mil favores de la Iglesia y de los Papas, acariciados de los príncipes, celebrados en los púlpitos, aplaudidos en las escuelas, y obedecidos en los consejos.

*